



# OBRAS DE RECONOCIMIENTO A JACQUES MARITAIN



## LA AMISTAD Y LA PRESENCIA MARIAL EN NUESTRAS VIDAS

**Louis Massignon**

Louis Massignon (1883-1962), pensador francés, católico, destacado islamista, escribió este artículo en la revista de filosofía 'Revue Thomiste', como colaboración al volumen de homenaje a Jacques Maritain. Tomo XLVIII, números 1 y 2. 1948

Cosa extraña, fue Maritain quien tuvo la iniciativa de nuestro primer encuentro, el 20 de diciembre de 1913. Hacía cinco años que, habiendo vuelto violentamente, en tierra extraña, en un país árabe, a la Iglesia, acontecíame recogerme frecuentemente a fin de discernir, entre las voces de los vivos, la llamada de las almas que habían rogado por mi vuelta a Dios, en aquel día terrible en que me habían sido dados ciertos nombres. Mi director me había prevenido que sometiera este movimiento interior de gratitud a la sabiduría sacerdotal; mas reconocía a la vez que la ingratitud espiritual es un pecado contra el Espíritu Santo.

Ciertas fidelidades comenzaban así a orientar mi vida, con algunos de mis parientes, Halláj, Huysmans, Foucauld, C. M. Dulac, y poco después Claudel. Huysmans, lo sabía yo por mi padre que seguía en la incredulidad a pesar de este amigo, había rogado por mí durante su agonía; yo me había ingeniado para darle las gracias “sustituyéndome” a él, según esta ley suprema del amor; y esto me había llevado a subir, la noche de Navidad de 1911, caminando a ciegas, con una gran nevada, a suplicar a nuestra Señora de la Saleta que no tuviera horror de mí, que me llevara, según le pareciera mejor, según su *fiat*, y no el mío. Psichari, a quien Jacques había conducido a ella, había sido mi camarada en la Sorbona en 1902-1903, había venido en mi busca, para preparar, en casa de Lanson, una lección sobre uno de los “pensamientos” de Pascal. Su vocación sahariana y monástica me hacía pensar que lo vería, para asociarse, en lugar mío, o mi venerado amigo Charles de Foucauld, a cuya vera había yo renunciado a vivir, habiéndome él empujado, en un gesto bastante brusco, a fundar un hogar.

Con estos dos amigos vino a verme Jacques, el 20 de diciembre de 1913, en nombre de un viejo médico, muerto dieciocho meses antes, dichoso por el alivio de una buena palabra que yo le había llevado, al bajar de la Saleta, de parte de Hysmans. Muy pronto, comenzó a versar la conversación de la inserción de lo eterno en lo temporal, de las solicitudes de la gracia al alma sorprendida que debe volverse a María para responder como Dios manda. La amistad es, equivale a recuperar una predestinación imperfectamente realizada; la primera palabra de este nuevo amigo a mi alma fue una suerte de afectuoso reproche: cuando el alma se ha entregado a buscar la perfección, y ha hecho perfecta entrega de sí a la Virgen, ¿no debe el estado de matrimonio ser transfigurado para no tender sino a una vida de unión con Dios? Su primera mirada había entrevisto el voto que ninguna presión “directorial” debiera haberme hecho romper; Dios es la esencia del voto, ninguna “conmutación” dispensa de volver en sí y de entregarse, antes de la irrevocable comparecencia, en la que seremos juzgados sobre el amor. Yo realizo cada vez más todo lo que el amor exige, y esta esencial pobreza en que nos consume; y lo digo, a mi vez, a Jacques.

Yo no soy sino una pobre unidad entre la multitud de amigos puesta por Dios en el camino de Jacques, y hacia los cuales él ha testimoniado, de una manera tan transparente y pura, una amistad que no es de aquí abajo, una

presencia obsequiosa y consejos tan discretamente dados, tan inmaterialmente inteligibles, a la manera *“como desciende el pensamiento en el espíritu”*. Y con esto será más fácil comprender algo sobre lo que quisiera insistir, después de esta indispensable introducción, en la que he debido hablar demasiado de mí mismo. Y es la exactitud del presentimiento de los Antiguos, para los cuales la amistad encierra, como consecuencia, perspectivas constructivas, estructurales, filosóficas, e introduce en un dominio no carnal, sino espiritual; por ella llega la filosofía a las puertas de lo que la beatitud de los elegidos conservará de eclesiástico, de colectivo.

Por lo demás, desde aquí abajo, la vocación del filósofo para con sus amigos es recordarles que sobre la célula familiar, aun bendecida sacramentalmente, la verdadera base de toda sociedad humana es, según lo que los pensadores griegos habían entrevisto, sin haber puesto en ella, por supuesto, toda la obligación de pureza que la hace fecunda para la eternidad, la *“philia”*: la amistad.

A partir de 1913, la amistad de Maritain me tuvo al tanto, en muchas ocasiones, sobre asuntos importantes y acerca de graves problemas. En la medida en que mis estudios de arabizante e islamizante interferían con las cuestiones de la filosofía y la dogmática, sus consejos me hacían recordar los primeros instantes de nuestra amistad. Renunciar a explicar el sentimiento religioso (vocablo tan insuficiente, de Bremond), y a hacer de él el eje de la mística, equivale a embarcarse en un relativismo nominalista, en un historicismo agnóstico que nada explica de nuestra espiritualización por la oración. Esta ciencia experimental, oscura, pero tan sabrosa, de la gracia, de que hablaba al principio, no es comunicable si no se encuadra en los primeros principios permanentes, y sí la finalidad misteriosa de esta ciencia no la reduce a este inteligible origen. Ha de haber, por lo menos, dos, se dice, para dar testimonio de la verdad y para que la oración sea escuchada; preciso es explicarse, para participar en el amor, que no es irracional cuando se derrama en expresiones, y que no se cansa de hablar, remontándose a sus orígenes en la infinita y libre pluralidad de las ideas divinas. Cada vez se va afirmando más la posibilidad de terminar la síntesis secular de la teología escolástica con la experiencia mística. Indudablemente el texto evangélico preséntanos el *“fiat”* marial como un acto de abandono de la voluntad; pero acaba en una concepción de la verdad, en la que la inteligencia queda iluminada por la palabra revelada.

Muchas veces nos fue preciso salir y escapar de estos cambios de vistas especulativos para entrar en el terreno de la acción práctica, a través de los problemas sociales planteados por las dos guerras mundiales; jamás tuve por qué olvidar la regla inicial dada por la amistad de Jacques: la concepción de la verdad en nosotros descansa en un acto de abandono de la voluntad, indudablemente, pero conduce hacia una iluminación de la inteligencia por la revelación que se hace inteligible. En la Anunciación, María está tan lejos de renunciar al razonamiento, que comienza por un ¿"cómo"? (acordémonos aquí de aquel otro "*por qué*" de la penitente de Faligno): después del anuncio de una misteriosa finalidad. Y la lección de la India, esa nunca saciada ansia de la Liberación, demuestra demasiado que es preciso recurrir siquiera a un *mínimum* de ontología.